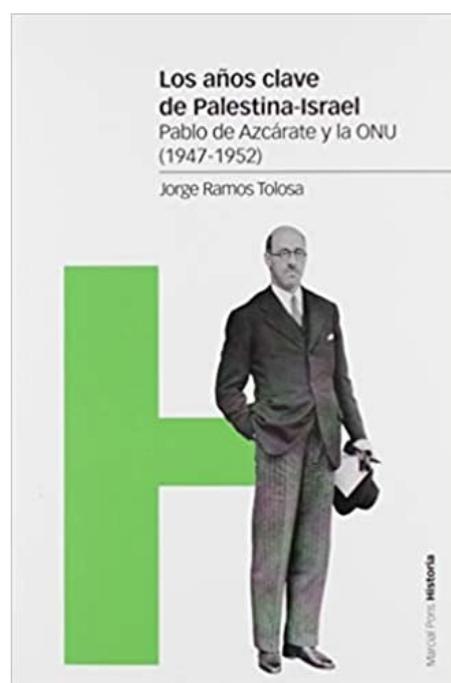


Jorge RAMOS TOLOSA: *Los años clave de Palestina-Israel. Pablo de Azcárate y la ONU (1947-1952)*, Madrid, Marcial Pons, 2019, 485 pp., ISBN: 978-84-16662-95-1.

Daniel Claveria Rodulfo

Palestina, un problema histórico sin resolver: el fracaso de la ONU y el testimonio de Pablo de Azcárate

El “conflicto árabe-israelí”, la “cuestión palestina”, el “problema judío”... Algunos conceptos que sirven para representar uno de los procesos históricos más complejos y discutidos de nuestra contemporaneidad. Demasiadas veces, sobre todo en nuestro día a día, ya sea en las noticias de los medios de comunicación, en las redes sociales o en las conversaciones cotidianas, es abordado con una precisión cuestionable, muy lejos de la rigurosidad que merecería. Esto sucede mayoritariamente, como bien apuntan María Cruz Romeo Mateo e Ismael Saz Campos –ambos tutores de la Tesis Doctoral del mismo Jorge Ramos Tolosa, ¿“*Las Naciones Unidas no son nada*”? *Pablo de Azcárate y el fracaso de la ONU en Palestina (1947-1952)*– en el prólogo de la obra, por ser «un conflicto denso y, lamentablemente, cotidiano» (p. 11). Y es aquí, precisamente, donde reside la importancia de un estudio como el que el autor logra desarrollar con su obra, gracias, sobre todo, a los tres ejes nucleares sobre los que se sustenta: la propia cuestión árabe-israelí; el papel de las Naciones Unidas; y la labor del diplomático español Pablo de Azcárate en la propia ONU durante los años clave del conflicto.



Este esquema ya resulta sumamente interesante, pues consigue presentar al lector un enfoque del caso Palestina-Israel nada habitual en los estudios tradicionales que se han lanzado a abordar esta cuestión históricamente. Si bien existe una correlación de estudios incommensurable sobre la historia de la ONU, especialmente referentes al desarrollo de la propia institución desde perspectivas asociadas a los Derechos Humanos, su estructura y composición, sus tareas de asistencia humanitaria o su contenido jurídico, resulta complejo encontrar, parafraseando al propio autor, investigaciones que centrándose en fondos archivísticos hayan tenido como núcleo el papel desempe-

ñado por los organismos de la ONU en la resolución de la cuestión de Palestina. Por el contrario, Ramos Tolosa trata de analizar cómo intervinieron las estructuras de la organización en la región, así como cuáles fueron los efectos de sus acciones. La cuestión de Palestina, además, puede servir de atalaya para todos aquellos y aquellas interesadas en el estudio de las propias Naciones Unidas, pues el caso árabe-israelí fue el primer gran desafío al que tuvo que enfrentarse la organización después de su fundación en 1945, en un momento social, económico y político especialmente inestable. El mundo salía de la Segunda Guerra Mundial para adentrarse en un nuevo orden geopolítico marcado por el inicio de la Guerra Fría. Una situación que merece la pena tener en cuenta a la hora de intentar comprender qué motivaciones tuvieron aquellos que trabajaron para las Naciones Unidas durante sus primeros años, pues de ello dependería más adelante no solo el futuro de Palestina, sino también la evolución de la diplomacia internacional y el sucesivo papel de la organización supranacional en la mediación en conflictos a lo largo de la segunda mitad de el siglo XX.¹ No hay que olvidar que, con una retórica marcadamente internacionalista, las Naciones Unidas se constituyeron en base a un compromiso de gobernabilidad entre las potencias vencedoras de la guerra.

Una segunda cuestión remarcable sería la masiva producción historiográfica que ha suscitado la cuestión de Palestina, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX y a lo largo del XXI. Mayormente desde una perspectiva anglosajona, no solo por la obvia razón idiomática, sino por el interés que ha suscitado y sigue suscitando históricamente el conflicto árabe-israelí en el seno de la historiografía británica. No hay que olvidar que Palestina estuvo bajo mandato británico desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta 1948, cuando pasó a manos de las Naciones Unidas. Así pues, los trabajos en inglés siguen siendo una mayoría por lo que respecta al presente campo de estudio, y aunque sí que ha habido aproximaciones por parte de la academia española, esencialmente desde los ámbitos de la filología y los estudios árabes, el campo de las relaciones internacionales, el derecho internacional o la ciencia política, han sido más bien pocas las investigaciones procedentes del campo de la historiografía dedicadas a abordar el caso palestino partiendo de la primeriza implicación de la ONU, la creación del Estado de Israel, sus políticas de colonización, la Primera Guerra Árabe-Israelí y la posterior *Nakba* palestina. Es por ello por lo que *Los años clave de Palestina-Israel. Pablo de Azcárate y la ONU (1947-1952)* está destinada a ser una de las obras de referencia entre los estudios actuales dedicados a esta región y a las Naciones Unidas en sus primeros años de vida. Un trabajo que bebe en buena parte de muchos autores que destacan por su lenguaje y discurso postcolonial, y que se nutre también en gran medida de la historiografía revisionista israelí que, sobre todo a partir de la

¹ Para ampliar; Mark MAZOWER: *No Enchanted Palace: The End of The Empire and the Ideological Origins of the United Nations*, Princeton, Princeton University Press, 2009 y Paul KENNEDY: *El Parlamento de la Humanidad: la historia de las Naciones Unidas*, Barcelona, Debate, 2007.

década de los años 90, empezó a cuestionar el relato histórico oficial del Estado de Israel. Un relato que, en palabras del propio autor, «[elaboró] una narrativa histórica antitética a la palestina que fue fundamental en la configuración de la identidad nacional [israelí]»,² centrado en el blanqueamiento de la colonización de Palestina por parte de los colonos judíos a lo largo del siglo XX y apoyado en un supuesto acto de liberación nacional y colectiva, así como en la voluntad del Estado de Israel de postularse como el garante de la paz en una región caótica e inestable por naturaleza. Este discurso, que sigue arraigado en la historia oficial israelí,³ ha intentado hacer desaparecer de la historia a una de las partes implicadas del conflicto, en este caso la población árabe, dejando de lado fuentes documentales o testimonios orales, que existen pero que son ignoradas o incluso destruidas. Esta revisión es una tarea necesaria para la historiografía actual si lo que se pretende es tratar con rigor hechos como la aparición y el posterior desarrollo del sionismo; los procesos de colonización de las comunidades judías en Palestina; el papel de la ONU y la propuesta del plan de partición de Palestina; o la Primera Guerra Árabe-Israelí, junto con la *Nakba* y la consecuente crisis de los refugiados palestinos. Un proceso de que participa el autor a partir de un profundo trabajo documental, bibliográfico y archivístico.

El tercer eje que sustenta esta obra es precisamente el testimonio de Pablo de Azcárate (Madrid, 1890 - Suiza, 1971). Procedente de una familia liberal y progresista, debe su carrera diplomática a una prematura vinculación con la Sociedad de Naciones y al papel que desempeñaría en la misma, una organización fundada después del desenlace de la Primera Guerra Mundial en 1919, a priori con el propósito de evitar conflictos a partir de la reorganización de las relaciones internacionales y el restablecimiento de bases para la paz. La organización necesitaba un nuevo cuerpo de funcionarios que, sin depender de ningún Estado en particular, deberían ejercer un papel clave para el cumplimiento de dichos objetivos. En 1922, un contacto de Azcárate en la Universidad de Granada, Fernando de los Ríos, quien conocía a personalidades que habían trabajado en la organización del Buró Internacional del Trabajo y de la Sociedad de Naciones, le ayudó a presentar su candidatura para la misma. La Sociedad de Naciones acabó por aceptar al diplomático en la sección de Protección de Minorías, una sección de la que no solo formó parte, sino que dirigiría desde 1928 hasta 1934. Esta se encargó a grandes rasgos de recoger las quejas y peticiones de las poblaciones implicadas en las políticas de partición derivadas de la Gran Guerra, muchas de las cuales «quedaron en territorios de un Estado cuyo grupo étnico o lealtad nacional divergía de la propia» (p. 50). El diplomático también trabajaría por la defensa de la II

² Jorge RAMOS TOLOSA: *¿Las Naciones Unidas no son nada? Pablo de Azcárate y el fracaso de la ONU en Palestina (1947-1952)*, Tesis doctoral, Universitat de València, 2016, p. 41.

³ Jewish Virtual Library: <https://www.jewishvirtuallibrary.org/history> [consultado por última vez el 26-10-2020]

República española en el exilio, al servicio de su embajada en Londres, volcándose especialmente en intentar convencer a los británicos de la necesidad de abandonar su postura de no intervención durante la Guerra Civil.

Su experiencia tanto en la Sociedad de Naciones como trabajando para los servicios exteriores de la República le ayudaron a consolidar un importante bagaje como diplomático que le serviría más adelante, cuando en 1947 las recién fundadas Naciones Unidas le nombraron miembro de la comisión encargada de resolver la primera gran cuestión de la que tuvo que hacerse cargo la organización: la resolución del caso palestino. En Palestina se estaba llevando a cabo, parafraseando al propio autor, un proceso de colonización complejo y de un gran impacto internacional. Azcárate, que en 1945 se encontraba en un momento difícil de su carrera diplomática después de haber fracasado tanto en la Sociedad de Naciones (no pudo garantizar la seguridad ni evitar el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial) como en la misión diplomática encargada de representar a la II República en el exilio, se tomó la misión palestina como un “cambio de aires”, lo que acabó siendo un nuevo reto que marcaría su trayectoria como diplomático. Cabe decir que en su condición de antiguo número dos de la Sociedad de Naciones Azcárate fue barajado como candidato a Secretario General de la ONU, hecho que demuestra la valía del diplomático español y la confianza que se depositaba en él dentro de la nueva organización. Finalmente, debido a su experiencia en el tema de las minorías y los conflictos etno-nacionales de la década de los años 1920 y 1930 se consideró más oportuno destinarlo al proceso palestino.

Es importante entender el contexto en el que Azcárate fue propuesto para trabajar en la resolución de Israel-Palestina. El plan de división de Palestina, la principal propuesta de la organización para la resolución del caso, se convirtió en 1947 en un proyecto de máxima prioridad e importancia, no solo porque era básico para la futura pacificación de la región, sino porque contribuía a fortalecer y consolidar el prestigio y la autoridad moral de la ONU. Palestina, en efecto, ponía a prueba la capacidad de las recién fundadas Naciones Unidas en un momento internacional tremendamente delicado marcado por el inicio de la Guerra Fría. Un nuevo *statu quo* que, parafraseando al historiador Odd Arne Westad, autor de *La Guerra Fría. Una historia global* (Galaxia Gutenberg, 2018), aunque no lo decidía todo influía en la mayoría de las cosas que pasaban en el mundo. En este contexto de metamorfosis, la diplomacia y las relaciones internacionales también estaban cambiando. Se podría decir, pues, que la resolución del “problema judío” o la cuestión palestina se convirtió en un aspecto preferente no solo para las Naciones Unidas, sino también y en particular para las dos nuevas superpotencias. Tanto la Unión Soviética como Estados Unidos apostaron por mantener especial influencia diplomática durante el transcurso de las negociaciones. Desde Moscú se creía que el carácter eslavo y socialista de numerosos dirigentes sionistas podría situar al futuro Estado judío en su órbita. Los americanos, igual que los soviéticos,

creían que participar en el proceso de pacificación en la región les beneficiaría a la hora de consolidar su influencia en Oriente Medio. Ambas superpotencias se postularon como favorables al Plan de Partición de Palestina en dos estados, un hecho que ayudó indiscutiblemente al movimiento sionista, pues tanto americanos como soviéticos tuvieron mucho que ver en el voto final de los estados miembros en la Asamblea General.

Sin embargo, el lobby sionista tuvo un papel clave en múltiples aspectos. El propio Presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman, dejó constancia en sus memorias de que nunca estuvo sometido a tanta presión. Concretamente afirmó que «Los movimientos de presión [sionistas] no solo actuaron en las Naciones Unidas como nunca se había visto allí antes, sino que también lo hicieron en la Casa Blanca» (p. 122). Jawaharhal Nehru, miembro de la delegación de la India y contrario al Plan de Partición, intentó ser sobornado “con millones” para que cambiara su voto en favor de la resolución. El delegado de Filipinas, Carlos Rómulo, quién había declarado que su país «no podía apoyar ninguna propuesta que significase el desmembramiento de Palestina», fue sustituido después de una llamada desde Washington. El nuevo representante filipino votaría a favor de la partición. El caso francés también es interesante. Aunque el diplomático Claude Bréart de Boisanger dejó clara su posición moderada respecto al caso Israel-Palestina, partidario como era de la abstención de Francia en la resolución, si bien finalmente cambió el voto para apoyar el plan de la ONU. La visita que recibió por parte Bernard Baruch, judío demócrata estadounidense, simpatizante del grupo paramilitar y terrorista Irgún y miembro de la Comisión de la Energía Atómica de la ONU, quizá tuvo algo que ver con su cambio de voto. Baruch dijo a De Boisanger que la falta de apoyo de Francia podría significar que no se materializase una parte de la ayuda económica estadounidense del European Recovery Program o Plan Marshall. Así pues, finalmente el 29 de noviembre de 1947 votaron a favor del plan de partición 33 estados miembros, 13 lo hicieron en contra, 10 se abstuvieron y 1 se ausentó. La partición de Palestina sería aprobada en la Resolución 181 (II) de la Asamblea General de la ONU, aunque pronto se iba a ver que, como bien habían advertido varios estados miembros (especialmente los pertenecientes a la Liga Árabe), la partición no traería otra cosa que la inestabilidad y las hostilidades entre árabes y judíos. El mismo 30 de noviembre se dieron los primeros choques armados entre árabes e israelíes.

Así pues, aunque no nos encontramos ante una obra que se pueda enmarcar de manera clara en el campo de los estudios de la guerra hay algunos capítulos que sí pueden servir de ayuda a todos aquellos y aquellas interesadas en la historia bélica y militar. Uno de los mitos más extendidos por parte de la historiografía israelí tradicional, ya desde la misma fundación del Estado de Israel, pasa por presentarse como un indefenso David que debía enfrentarse a la amenaza del Goliat árabe. Este mito ha servido al sionismo no solo para defender su postura en Palestina, sino también para legitimar las ofensivas posteriores contra el pueblo palestino. Como bien argumenta el

autor, «lo que determinó el futuro de Palestina no fueron tanto los ataques de cada bando a modo de una guerra civil [que se alargaría hasta el 14 de mayo de 1948 con la proclamación del Estado de Israel, para luego dar comienzo a la Primera Guerra Árabe-Israelí] sino el intento de homogeneización demográfica territorial asociada al proyecto colonial sionista, el desequilibrio militar y el contexto internacional» (p. 127). Si bien los choques armados del 30 de noviembre pusieron en alerta a la comunidad judía, los enfrentamientos posteriores demostraron que la superioridad israelí era muy clara ante una ofensiva palestina pobre en material militar y sanitario, con una capacidad armada basada en voluntarios y milicias locales. El propio David Ben Gurion afirmó que «los israelíes eran capaces no solo de defenderse de las ofensivas palestinas, sino de infligir golpes letales a los sirios en su propio país y tomar Palestina en su totalidad» (p. 135).

El autor demuestra que tratar la realidad en Palestina y la Primera Guerra Árabe-Israelí no solo pasa por centrarse en el desarrollo bélico de la misma, sino por acercarse a las propias políticas de guerra y colonización del Estado de Israel. Años antes de la Resolución 181 de la ONU, Ben Gurion y otros líderes sionistas ya afirmaron que un futuro Estado israelí era imposible sin la puesta en marcha de un «reequilibrio demográfico» en la región. Un Estado Judío solo sería viable con un 80% de población judía. Ese discurso se vería legitimado por la misma Resolución 181, ya que esta no incluyó ningún mecanismo que pudiera impedir el despojo de tierras o el desplazamiento de población palestina. El llamado Plan Dilet oficializó ese deseo. En un contexto de guerra civil y ante la pasividad tanto de la ONU como de la antigua potencia mandataria (que por entonces era la encargada de garantizar el orden público y la seguridad en la región) se llevó a cabo un proceso de desplazamiento y persecución de la población de Palestina. Gran parte del mundo árabe palestino fue destruido, y entre 750.000 y 800.000 personas pasaron a ser refugiadas debido a los asaltos judíos contra pueblos y barrios árabes, 75.000 de ellas solo durante los primeros meses de la guerra civil. Cabe reseñar que en un contexto de guerra como el que se comenta, para la mayor parte de la opinión pública el desplazamiento de población era un proceso delicado pero no inmoral, pues la historia del siglo XX contaba con otros precedentes parecidos. La necesidad de reparar el daño a la comunidad judía durante el nazismo también influyó en el hecho de que la comunidad internacional no viera el desplazamiento de población palestina como un hecho tan grave si lo que conllevaba era saldar la deuda con un pueblo históricamente perseguido y humillado. La propaganda de guerra por parte del bando judío también jugó un papel fundamental a la hora de legitimar sus acciones. Iban con sumo cuidado a la hora de llevar a cabo sus incursiones, siempre alerta para estar bajo cobertura. Su influencia, su rápida movilización diplomática y la capacidad mediática israelí también ayudaron a la hora de hacer valer su relato a ojos de la comunidad internacional.

Aunque *Los años clave de Palestina-Israel. Pablo de Azcárate y la ONU (1947-1952)* se centre precisamente en los primeros años de la resolución de las Naciones Unidas, el hecho de que sea un caso de estudio vivo y cambiante, que va evolucionando con el paso del tiempo, otorga a esta obra una resonancia innegable en nuestro mundo actual. Las políticas de colonización israelíes pueden verse aún hoy en día en ciudades como Hebrón, junto con sus efectos para la población palestina, que vive en distritos cerrados y que se ve obligada a pasar por *checkpoints* para moverse por sus barrios, ir a la escuela o visitar a sus familiares, siempre expuestos a abusos por parte de las fuerzas de seguridad israelíes. La misión de la ONU y de Pablo de Azcárate fracasaron, y el sionismo salió como gran vencedor al ver completado su más anhelado objetivo: la creación de un Estado judío en Israel. Un proceso que fue en detrimento del pueblo palestino, que veía como el Plan de Partición supuso la posterior *Nakba* y el desmembramiento de su país. Esta obra sirve, por tanto, para poner en contexto y arrojar un poco de luz sobre algunas cuestiones que demasiadas veces tienden a pasarse por alto, tanto en los estudios historiográficos como en otras disciplinas. En aquellos años clave, las Naciones Unidas propiciaron desequilibrios entre ambas partes; abordaron el caso Palestina-Israel desde una perspectiva claramente occidental, dejándose influenciar por la presión sionista en las negociaciones previas a la Resolución y adoptando, ya de entrada, una postura favorable a la legitimación de un posible estado judío en Palestina; se incumplieron derechos reconocidos por la propia ONU, tales como el principio de la libre autodeterminación de los pueblos, un precepto contenido en el primer artículo de la misma; tampoco pusieron en marcha todos los mecanismos posibles y necesarios para combatir la proliferación de conflictos entre ambas partes; y, finalmente, ni la antigua potencia mandataria ni la propia ONU mediaron ni condenaron la expansión territorial israelí ni los abusos que la acompañaron. Por tanto, se puede considerar que tanto la misión de Pablo de Azcárate como la de las Naciones Unidas fracasaron, un fracaso que de un modo inevitable marcaría el futuro de Palestina.